

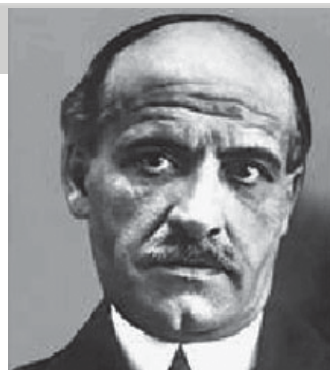
José Ortega y Gasset

Considerado el pensador más activo e influyente de la España del siglo XX, nació el 9 de mayo de 1883 en la capital española. En 1904 se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad Central de Madrid, tras lo cual, completó su formación en Marburgo, Alemania. A su regreso a España, en 1910, obtuvo la cátedra de Metafísica en la misma universidad en que había realizado sus estudios, desempeñándola hasta 1936. En 1914 publicó *Meditaciones del Quijote*, que refleja su formación neo-kantiana, contra la cual reaccionaría muy pronto. En general, su pensamiento filosófico evolucionó de un periodo “objetivista” a otro “perspectivista”, para adoptar finalmente lo que se ha dado en llamar el “racio-vitalismo”.

Ortega y Gasset fue fundador de las revistas *España y Revista de Occidente*, que sirvieron para difundir las tendencias filosóficas y culturales del primer cuarto del siglo XX, principalmente las de procedencia alemana y las obras de españoles (como los hermanos Manuel y Antonio Machado, o jóvenes poetas que formarían la generación del 27). Tras el estallido de la Guerra Civil en 1936, abandonó España. Residió sucesivamente en Francia, Países Bajos, Argentina y Portugal y no regresó a su país hasta 1945. Durante la última etapa de su vida fundó el Instituto de Humanidades (1948) en Madrid y escribió sus afamados estudios sobre pintores españoles, en especial sobre Velázquez y Goya. Falleció el 18 de octubre de 1955 en Madrid. Tras su muerte vieron la luz, con carácter póstumo, algunos destacados trabajos como *Meditaciones sobre Europa* (1957), *El hombre y la gente* (1957) y *Qué es filosofía* (1958). En 1978 se constituyó la Fundación Ortega y Gasset para la difusión de su pensamiento y de su obra.

Tal vez su obra más conocida sea *La rebelión de las masas* (1929), en la que expone su criterio de que las grandes masas no tienen ideas ni opiniones propias, sino que es una minoría selecta la que dota a la sociedad de nuevos ideales, nuevos valores y nuevas ideas; en nuestro tiempo, esa situación se vería amenazada por lo que Ortega llama la rebelión de las masas, que imponen la fuerza del número. Sin embargo, sus principales aportes al pensamiento filosófico lo constituyen el concepto de perspectiva y su peculiar noción de razón, considerada por él como estrechamente unida a la vida.

Ortega expuso el concepto de “perspectiva” en su ensayo *Verdad y perspectiva*, que apareció publicado en 1916. Pensaba que la realidad sólo puede ser captada desde la perspectiva de cada uno. Esto significa que la perspectiva es un componente de la realidad y, al mismo tiempo, forma una posibilidad de conocimiento de lo real desde el punto de vista de cada persona. Es decir, una perspectiva supone siempre la combinación de un nivel ontológico y epistemológico y la realidad equivaldría a la suma de las perspectivas posibles en que se presenta y según las que puede analizarse. Debe notarse que la perspectiva elimina la posibilidad de acceso inmediato a una realidad inmutable, lo que se encuentra muy unido al concepto de “circunstancia”, que Ortega hizo famoso en su expresión: *Yo soy yo y mi circunstancia*. De hecho, Ortega mantuvo los principios esenciales de su perspectivismo en etapas posteriores de su pensamiento: Del mismo modo que la realidad necesita de la perspectiva, la razón pura, que él consi-



dera moribunda, necesita convertirse en razón vital, porque *la razón es sólo una forma y función de la vida*.

Partiendo de esta idea, y desde finales de la década de 1920, desarrolló un concepto de razón que se encuentra unido a una nueva consideración de la vida: el “raciovitalismo”. Esta combinación supuso una de las más notables aportaciones de su pensamiento y se convirtió en uno de los rasgos esenciales de éste. Para Ortega, la vida es la verdadera realidad radical, en la que tienen su raíz todas las demás realidades de que se compone el hombre, de la que surge cualquier problema relevante y cualquier sistema filosófico. Es decir, que lo real sólo se comprende, en su sentido último, dentro de la vida. Para cada ser humano, la vida toma una forma concreta y determinada, que se construye a sí misma de acuerdo a diferentes circunstancias (o perspectivas). Por ello, la vida de cada persona es, para ella, su propia finalidad y debe entregarse a su elucidación si desea salvarse a sí mismo. De hecho, la vida tiene en sí misma su propia finalidad, y no hay realidad alguna que pueda trascenderla. No hay, para Ortega, prioridad del Yo sobre las cosas, ni de las cosas sobre el Yo: la realidad primaria es la vida.

Junto a esta afirmación de la vida y a la necesidad de elucidar o responder a los problemas que la misma plantea, expuso la necesidad de un nuevo tipo de razón, que se aleja de la razón abstracta y meramente teórica, siempre separada y “abstraída” de las circunstancias vitales, que ha sido común en la tradición de la filosofía occidental. Denominaba “razón vital” a este nuevo tipo de razón y “raciovitalismo” al modo de pensar que se apoyaba en su nuevo concepto de razón. La razón vital no es otra cosa que el vivir mismo, pues cuando se vive no queda más remedio que razonar, porque la vida, como realidad dinámica, que siempre está en proceso de elaboración, es una incesante fuente de problemas y cuestiones relevantes y obliga siempre, a quien la vive, a saber *a qué atenerse*, a orientarse continuamente en sus decisiones: la vida es el órgano mismo de la comprensión. Esta orientación exige una razón que acompañe a la vida y que encuentre en ella su fundamento; es decir, una “razón vital”; y como el horizonte de la vida es histórico, la razón vital es, constitutivamente, razón histórica.

Bibliografía consultada:

Biblioteca de Consulta Microsoft ® Encarta ® 2005. © 1993-2004 Microsoft Corporation.

Fazio, M Fernández Labastida, F Historia de la Filosofía, IV. Filosofía contemporánea. Palabra, Madrid, 2004.

López Quintás, A El pensamiento filosófico de Ortega y D'Ors. Guadarrama (Labor). Madrid, 1972.

Reale, G Antiseri, D Historia del pensamiento filosófico y científico, III Del Romanticismo hasta hoy. Herder, 1988.